

JUSTO UREÑA Y HEVIA



Vivencias avilesinas de don Armando Palacio Valdés

En las páginas que siguen trataré de desvelar algunas de las muchas vinculaciones que unieron a D. Armando Palacio Valdés con la villa de Avilés, expresadas sobre todo en *La novela de un novelista*, libro de memorias escrito a los sesenta y ocho años y en la que recuerda todas esas escenas que se quedan grabadas en el subconsciente de las personas, reconstruye hechos y los adorna con la belleza literaria de su pluma y nos hace vibrar de emoción ante las descripciones de personajes, de lugares, de atardeceres, de amaneceres, de inquietudes, todo eso que constituye el entresijo de la vida de una persona.

Ahora bien, traicionaría a la memoria y al pasado si no comenzara diciéndoles que conocí a D. Armando Palacio Valdés. Es una de las pocas ventajas que nos deparan los años. Tengo vivo en la memoria el recuerdo de su persona; su cuidada barba blanca, al igual que sus cabellos, sus penetrantes ojos azules y su voz pausada y bien timbrada, aún permanecen frescos en el recuerdo de aquellas soleadas mañanas de Cap-Breton, en Las Landas, a orillas del mar, o cuando al atardecer venía desde su residencia llamada *Marta y María* a la *Borry-Bas*, que estaban contiguas, donde residía con mi familia. Éramos los únicos avilesinos de aquel lugar, además de una hermana de mi abuela se llamaba Eduarda, como su madre, y a la que D. Armando prodigaba cariñosas atenciones. No fueron muchos años, pero sí recuerdo verlo dar largos paseos por la playa con las perneras del pantalón remangadas, por la orilla, en ese límite donde el mar se junta con la arena seca. Por ahí paseaba Don Armando, sin duda, pensando o

elucubrando alguna de sus novelas o de sus obras literarias, imagen que yo tengo grabada. Le escuchaba hablar sin cansarme nunca desde mis curiosos escasos ocho años, cuando D. Armando contaba ochenta, ignorando que después me proporcionaría tantas horas de agradable lectura y más adelante la curiosidad por indagar en el profundo sentido, significado y fundamento de las tesis que orientan sus complejos argumentos escritos con inimitable sencillez.

Su estancia avilesina y primeros escritos

La presencia de D. Armando Palacio Valdés en Avilés fue muy temprana, contaba seis meses de edad, en abril de 1854, cuando llegó a la Villa con su madre, D^a Eduardo Rodríguez-Valdés Alas, emparentada con la antiquísima familia avilesina que ocupó relevantes puestos en el gobierno del Concejo y disfrutaba de la propiedad de una tercera parte de los terrenos del recinto amurallado que componían el casco urbano de la Villa medieval.

Su padre, D. Silverio Palacio y Cárcaba, abogado de profesión, prestaba sus servicios a la compañía que realizaba las obras de contrata en la canalización de la ría y construcción de la dársena de San Juan de Nieva, en las que trabajaba su hermano D. Lino Palacio. Fue esta la causa que determinó la circunstancia de su niñez avilesina, hasta el verano de 1860, cuando contaba seis años, por motivos de salud su madre hubo de regresar a la casa natal de Entralgo, en Pola de Laviana.

Pero no fue esta una ruptura definitiva de su presencia avilesina, teniendo noticia de otras estancias veraniegas posteriores, ya que residiendo en Oviedo, para realizar los estudios de Bachillerato, en casa de su abuelo materno D. Francisco Rodríguez Valdés, casado con D^a Dolores de las Alas, en las vacaciones veraniegas venía a Avilés, donde como ya dijimos se encontraba su tío Lino, así sucedió hasta octubre de 1870, en que cuando contaba 17 años de edad, se trasladó a Madrid con sus amigos y compañeros ovetenses, entre los que se encontraban Tomás Tuero, Leopoldo Alas «Clarín» y Juan Ochoa, para estudiar Leyes.

Esta permanencia de D. Armando en la Villa, entre otras muchas razones que pudieran darse, viene avalada por sus propias palabras, cuando años más tarde escribe: «El 23 de julio de 1869 teniendo yo quince años, publiqué mi primer artículo en *El Eco de Avilés*». El tiempo no perdona y como es sabido, D. Armando confunde el nombre del periódico de su primera publicación, toda vez que «*El Eco de Avilés*», fundado y dirigido por D.

Antonio María Pruneda en 1866, dejó de publicarse el 3 de junio de 1868, puede consultarse la edición facsimil del periódico editada por el Ayuntamiento en el año 2000, para comprobar que en ninguno de sus números aparece artículo alguno firmado por Palacio Valdés.

Donde realmente publicó sus primeros escritos fue en «La Luz de Avilés» que se editó desde el 22 de abril de 1869 al 15 de septiembre de 1890, dirigido por D. Florentino Álvarez-Mesa Arroyo, error que ya fue puesto de manifiesto por el crítico literario Peseux-Richard y José Manuel Feito, entre otros; a mayor abundamiento: el 23 de junio de 1869 fue jueves, día en el que salía a la luz pública, nunca mejor dicho, «La Luz de Avilés», en tanto que «El Eco de Avilés» que en aquella fecha ya no se editaba, había aparecido siempre los domingos.

Publicaciones en la revista «El Bollo»

La primera de las colaboraciones en la revista anual «El Bollo», pregón de las fiestas de Pascua, corresponde al año 1921, bajo el título: «Unas cuartillas de D. Armando», es a modo de una carta dirigida al señor presidente y socios del «Círculo Industrial y de Sport de Avilés», en la que con nostálgica evocación, dice entre otras cosas:

«Hace sesenta años no existía esa fiesta de El Bollo en nuestra Villa. Pero existían bollos, no hay que dudarlos. Todavía recuerdo con emoción los que por encargo de mi querida madrina D^a Bruna de las Alas fabricaba Pumaceno, para mí, los días de Pascua. ¡Oh Quien me diera volver a aquellos tiempos!»

y concluye despidiéndose afectuosamente:

«Siempre suyo afectísimo amigo y paisano que le estrecha las manos».

El Círculo Industrial y de Sport era la entidad en la que, aquel año, recaía el peso de la organización del festejo.

Al año siguiente, 1922, la colaboración de D. Armando es una amarga queja contra el acuerdo municipal por el que se le nombraba hijo adoptivo

de la Villa, no me puedo sustraer a la tentación de reproducirles su texto íntegro, dice así:

«Toda mi infancia, toda mi adolescencia están ahí. Cuando oí decir que el ilustre Ayuntamiento pensaba en declararme hijo adoptivo de esa villa, mi corazón se apretó de dolor; un dolor semejante el que debe experimentar el niño recogido en medio de una familia numerosa que averigua casualmente que los que tenía por padres y hermanos no los son en realidad.

¿Cómo? ¡Hijo adoptivo yo, que me batí innumerables veces a pedradas con las huestes de Galiana, que naufragué más de una y más de dos entre Recastrón y Sabugo, que sufría mis zurriagazos de aquel famoso maestro don Juan de la Cruz, de venerable memoria! Imagino que las piedras de Rivero se alzarían indignadas si alguien me llamase hijo adoptivo y no legítimo de Avilés. Cuando de tarde en tarde visito esa villa, no hay un rincón ni en Rivero, ni en Galiana, ni en la Cámara, ni en el Muelle, que no se alegre de verme ahí; no hay una columna de esos soportales que no me diga afablemente: »Reclínate sobre nosotros de viejos, como te has reclinado de niño»!

La tercera y última de sus colaboraciones en la revista es de 1923, y se titula «Un premio de carrera (más recuerdos de Avilés)», donde relata cómo unos cuantos amigos se ponen de acuerdo para acudir a la romería de San Martín de los Pimientos, el joven Armando aquella mañana se duerme, los compañeros lo despiertan a «picaportazos», él en pijama les dice que bajará enseguida, así lo hace, más cuando llega a la calle no encuentra a nadie, piensa que salieron camino de la romería y la emprende a carreras para alcanzarlos, indaga, pregunta, otea el horizonte pero no encuentra rastro, y corriendo, corriendo se planta en el «prao» del festejo cuando apenas había nadie, exhausto se tiende sobre la fresca hierba; sus amigos llamados por la campana de San Nicolás se habían metido en el templo para oír misa, cuando ya salía a su vez de la misa mayor de San Martín de los Pimientos el atribulado Armando, se encontró con los amigos que acababan de llegar, había batido todo un record de velocidad.

Breve recordatorio de su obra

Desde 1878 en que se publica *Los oradores del Ateneo* y *Los novelistas españoles* hasta que en 1940 se edita su obra póstuma, *Álbum de un viejo*, dos años después de su muerte, Palacio Valdés publicó treinta y dos libros, de los que veintidós son novela; de ellas diez se sitúan en Asturias.

Hemos de recordar que *El señorito Octavio* se desarrolla en las montañas de su Laviana natal; *Marta y María*, en Avilés a quien llama Nieva; *El idilio de un enfermo* también en Laviana; *José* en Cudillero a quien disfraza de Rodillero, pero con personajes de Candás, pues según sus propias manifestaciones, en Cudillero solamente había estado en una ocasión en compañía de su amigo Selgas y no conocía a nadie; sin embargo, en Candás, a donde acudía con cierta frecuencia, conocía a mucha gente de mar; *El cuarto poder*, lo sitúa en Gijón pero a excepción de la descripción del puerto de El Musel, el resto de la novela es fácilmente identificable con Avilés: la descripción del teatro con que se inicia, no es otro que el viejo teatro de la calle de La Cámara que encontramos también descrito en las crónicas teatrales de D. José Martín Fernández.

La fundación de *El faro de Sarrió*, nos habla inequívocamente de la aparición de *La luz de Avilés*, el 22 de junio de 1896, pues en Gijón en esa fecha no se funda ningún periódico; las descripciones de la ría y el paseo del Bombé, son también inequívocas, así como las familias protagonistas, los Belinchón, son los sanmiguelistas avilesinos y los partidario de D^a Brígida los inclanistas; en los personajes, el autor con su viva imaginación describe los rasgos de unos a los que agrega y añade aspectos tanto de carácter como de la posición social de otras personas: así D^a Brígida hace fácilmente reconocible a D^a Vicentina Llanos; D. Mateo es D. Jorge de las Alas; Gabino Maza, D. Fermín Álvarez-Mesa; Álvaro Peña, D. Ramón Ruiz-Gómez; Sinforoso Suárez, D. Florentino Álvarez-Mesa y Arroyo, el fundador del periódico y alcalde de la ciudad; Marcones el cabo de municipales de tan ingrato recuerdo, manipulado por lo caciques de la época, a quien también cita en *La novela de un novelista* y el Duque de Tornos, en clara referencia a la carretera del Torno, nombre que llevó el inigualable paseo de la ría, todos ellos dejando traslucir y sobreponiéndose a conocidos magnates, navieros y comerciantes adinerados de aquella floreciente villa.

La fe, obra mal comprendida e interpretada en su tiempo, tiene lugar en Luanco al que denomina Peñascosa. *El maestrante* discurre en Lancia que es el nombre que da a Oviedo, descrito con reminiscencias clarinianas

y *La aldea perdida*, *Santa Rogelia* y *Sinfonía pastoral* se desarrollan en los valles mineros asturianos. También *La alegría del capitán Ribot* se inicia en el puerto gijonés aunque después discurre en Valencia.

Sitúa en Andalucía: *La hermana San Sulpicio*; *Los majos de Cádiz* y *Los cármenes de Granada*. Se desarrollan en Madrid sus otras ocho novelas: *Riverita*; *Maximina*; *La espuma*; *El origen del pensamiento*; *Tristán o el pesimismo*; *Papeles del Dr. Angélico*; *Años de juventud del Dr. Angélico* y *La hija de Natalia*.

Hecha esta sucinta enumeración de sus novelas convendría también recordar la abundante filmografía existente con argumentos tomados de sus obras; que se sepa, después de D. Vicente Blasco Ibáñez, que cuenta con dieciséis adaptaciones cinematográficas y de D. Benito Pérez Galdós que tiene catorce, está D. Armando Palacio Valdés con trece, a saber: cuatro películas sobre *La hermana San Sulpicio*, dos de *Santa Rogelia* y una de *Los majos de Cádiz*; *José*; *Sinfonía pastoral*, con el título de *Bajo el cielo de Asturias*; *La aldea perdida*, titulada *Las aguas bajan negras*; *La fe*; *El señorito Octavio* y *Tiempos felices*.

La novela de un novelista

En 1921 escribe D. Armando *La novela de un novelista*. Tenía 68 años, y en el libro recoge una serie de relatos —cada uno de por sí puede constituir un cuento o novela corta— que sitúa en los tres escenarios de su niñez, adolescencia y juventud: Laviana, Oviedo y Avilés, son un recordatorio de los alegres días infantiles y juveniles, relatado en el estilo directo y sencillo de la incomparable pluma del autor, no exento, en ocasiones, de socarrona gracia y en otras mostrando al desnudo la cruda realidad de la existencia.

Según parece, D. Armando no pensaba publicar «su novela» hasta después de la muerte, pues había en sus relatos y descripciones demasiados nombres conocidos y hechos claramente identificables con personajes de la época; bien fuera porque no pensara vivir tantos años, o bien porque hechas algunas publicaciones fragmentarias del libro, los editores le apremiaran para su publicación, es el caso que el autor corrige el texto original, cambia nombres, modifica o altera situaciones y lo da a la imprenta para su publicación.

No se trata aquí de hacer un estudio de ese libro, dejemos esa tarea para los especialistas en la materia, tan solo queremos recordar algunos

de los pasajes que hacen referencia a nuestra Villa y dejan patente los recuerdos y vivencias de su estancia en ella.

De los avilesinos escribe D. Armando:

«Son nobles, alegres, probos, están dotados de viva imaginación, aman la música, son sentimentales y un poco románticos. Reina en este pueblo una amable jovialidad infantil que ensancha el corazón de cuantos viajeros lo visitan y alejan instantáneamente su malhumor. A muchos he oído decir que así que ponían los pies en Avilés, se sentían cambiados, olvidaban sus penas y amaban otra vez la vida».

Llama a Avilés «La Villa de las mujeres hermosas» y resalta asimismo las dotes y buenas condiciones musicales de sus habitantes, diciendo:

«los avilesinos son apasionados del arte lírico y dramático, donde de manera ostensible era más evidente el poder de nuestra raza y lo maravillosamente dotada que está para el cultivo de las artes, fue cuando unos cuantos aficionados, luchando con dificultades increíbles, se resolvieron a poner en escena y cantar una ópera. No creo que ningún otro pueblo de España lo haya intentado siquiera. La ópera elegida 'Lucía de Lammermoore' del maestro Donizetti»,

dando a continuación los nombres de algunos de los intérpretes.

Otro pasaje que merece destacarse, porque denota su amor a Avilés, es el enfado del novelista por el asunto de los jamones, escribe así:

«Cuando llegué a Madrid para estudiar mi carrera y vi en los escaparates de las tiendas de comestibles unos cartelitos que decían: Jamones de Avilés, no pude por menos de experimentar profunda sorpresa, a ésta sorpresa siguió inmediatamente un sentimiento de vergüenza y de irritación. ¿Cómo? ¡La Villa poética por excelencia, la Villa de las mujeres hermosas y las canciones románticas, aquella blanca paloma del Cantábrico era conocida en el resto de España por sus jamones!

Jamás pudiera imaginarlo ni lo imaginó ninguno de sus hijos. Viendo en Avilés hasta entonces a nadie había oído gloriarse de esta grosera ventaja, ni aún sabía que en Avilés existiesen cerdos».

Un poco más adelante rectifica D. Armando para señalar la excepción que confirma la regla y nos habla de cierto funcionario que comía las sardinas crudas.

Un aspecto del carácter del novelista que merecería la pena estudiar con cierto detenimiento, es su afición a la medicina y sobre todo a prodigar a sus amistades «consejos médicos», principalmente a los más íntimos, que, por desgracia, todos estaban enfermos y le precedieron en la muerte: da consejos a Sánchez-Calvo sobre su sordera, a Tuero y a Juan Ochoa sobre la tuberculosis y a «Clarín» sobre las dolencias intestinales. De los médicos de su niñez recuerda con especial énfasis al que le atendía en sus trastornos infantiles:

«En aquel tiempo existía en Avilés un monstruo llamado D. Gregorio Zaldúa. Este monstruo no comía a los niños crudos como suelen hacer los otros monstruos, pero impedía que los niños comieran nada ni crudo ni asado, y el resultado era igualmente funesto.

El niño tiene la lengua sucia, decía mi madre en voz alta, hay que avisar a D. Gregorio. Y el niño, que era yo se echaba a temblar como el cordero a la vista del lobo. Llegaba el lobo, me miraba la lengua, me palpaba el vientre, me examinaba los párpados, y después de estas y otras odiosas maniobras, pronunciaba con la mayor indiferencia la horrible sentencia: Denle ustedes una onza de aceite de ricino y dieta» ¡Sobre todo mucha dieta!

¡Oh Dios del Sinaí, el aceite de ricino! Escuchando este nombre se me erizan aún los pocos cabellos blancos que me quedan en la cabeza.

Es que se resiste a tomarlo, decía mi madre tímidamente.

Pues es muy sencillo, no tiene usted más que apretarle la nariz con el dedo índice y pulgar y cuando abra la boca echárselo allá; ¡que bárbaro!».

Cuando durante algún tiempo estudié los orígenes y la vida del monasterio avilesino de Nuestra Señora de La Asunción de Las Huelgas, vulgar-

mente conocido como Convento de San Bernardo, arrancado de cuajo de la fisonomía de la Villa y de la memoria colectiva de los avilesinos, cuyo resultado fue la publicación de un trabajo en «Cistercium», revista monástica de la Orden Cisterciense, número 217 (octubre-diciembre de 1999), encontré en las bellas páginas de *La novela de un novelista* referencias al mismo como en ningún otro lugar, con ajustadas descripciones del antiguo monasterio:

«Aquel convento de San Bernardo ejercía sobre mí un atractivo inexplicable, al que se mezclaba un poquito de miedo. Cuando mi madre me llevaba a misa en vez de atender al oficio divino pasaba el tiempo en estática contemplación del coro de las monjas que a través de la verja de hierro se veía envuelto en tenue y fantástica claridad. Las blancas figuras de las religiosas y sus voces plañideras y sus rezos incomprensibles hacía palpitar mi corazón, con vagos anhelos de felicidad celestial, mi cabeza infantil se poblaba de sueños hasta que mi madre sobre ella un coscorrón, invitándome a volverla hacia el altar mayor.

En el convento era monja profesa una hermana de mi bisabuela, llamada D^a Florentina, cuando la visitábamos se me erizaban los cabellos, la tía Florentina nos hablaba casi siempre por detrás del torno y ello excitaba mi imaginación, pero alguna que otra vez abría la gran puerta del zaguán y se mostraba de cuerpo entero. A través de esta puerta se veía el claustro con su vetusta arquería de piedra y en el centro algunos árboles, cuyo follaje apenas dejaba entrar la luz en él. Nada me ha parecido jamás en la vida más poético, más fantástico y misterioso que aquel claustro del convento de San Bernardo.

Además el convento ofrecía para mí un atractivo infinitamente mayor y que nada tenía de fantástico. De allí salían unas rosquillas embutidas de crema y bañadas de azúcar que parecían fabricadas por los ángeles y un cierto confite llamado flor de azahar más divino todavía. Se componía de unas escamitas blancas y tan dulces que se pasaban sin sentir.»

Tampoco se puede silenciar el diálogo que mantiene la pétrea estatua de D. Armando, situada en el parque frente a la del Adelantado de La Florida, con el que se enzarza en una discusión sobre Su Majestad D. Felipe II y la legitimación de sus conquistas, que terminan con aquella imprecación de D. Pedro:

«¡Qué estas diciendo temerario! Gritó con estruendosa voz el guerrero de bronce ¿al Santo Oficio esas blasfemias? ¿A mi Rey tamaños ultrajes? ¡Por vida mía que he de castigar tanta insolencia! ¡Toma, menguado!

Y diciendo y haciendo me tiró con su espada un tajo al cuello y mi cabeza marmórea cayó al suelo con un ruido sordo que me despertó».

No queremos finalizar esta referencia a algunos de los pasajes de la novela, sin recordar el que D. Armando titula: «El triunfo de la fraternidad», donde cuenta lo que le aconteció a un zapatero librepensador llamado Mamerto, que «vivía en lucha abierta con el Supremo Hacedor».

Habitaba en el marinero barrio de Sabugo y recorría sus tascas empujando el codo, con lo que se exacerbaba su rotundo anticlericalismo, vociferando sus metafísicos argumentos para demoler las iglesias y convertirlas en fábricas, en las que se obligara a trabajar a los curas a fin de que ganaran el pan con el sudor de su frente, como todo hijo de vecino.

Cuenta el novelista cómo pasando por delante de la iglesia de su barrio, gritó con reiteración: «¡Que muera Pío IX! ¡Y viva la libertad!», lo oyó el señor cura de aquella feligresía, que sin duda era D. Juan Ovies Guardado, el llamado «Cura viejo de Sabugo», oriundo de Valliniello, que estuvo al frente de la parroquia de 1849 a 1890, durante cuarenta y un años. El caso es que el señor cura denunció a Mamerto a la Guardia Civil, se le instruyó causa por injurias, tuvo juicio y tanto él como sus dos acompañantes fueron condenados a dos años de presidio, así se las gastaba en aquellos tiempos el «Partido Moderado» que estaba en el poder.

Fue agraciado con algunos indultos y poco antes del año, regresó Mamerto rodeado de la aureola del héroe, recibiendo de sus correligionarios miradas de admiración, la fama de su ferocidad estaba en alza, engreído como el gallo de la quintana, vociferaba en contra de la iglesia y de la monarquía y no perdía ocasión de denostar a ambas instituciones. Contaba las copas de ginebra que se bebía el capellán de las monjas de San Bernar-

do, para airearlo a los cuatro vientos y no se recataba, para hablar, de los escándalos del palacio real.

Por supuesto Mamerto no bautizaba a ninguno de sus hijos, pero les daba significativos nombres: a la hija mayor la llamó Libertad, al hijo lo «bautizó» Danton y mas tarde tuvo otras dos hijas que fueron Igualdad y Fraternidad.

Aprovecha D. Armando la visita que la reina Isabel II realizó a Avilés el 23 de agosto de 1858 para hilvanar en torno a ella su relato:

«Siendo él niño esperaba la gente, cogido de la mano de su tío D. Lino, la falúa real que traía a los regios pasajeros desde San Juan de Nieva».

Frente por frente se encontraba el librepensador Mamerto, con el sombrero calado hasta los ojos, dando la mano a su hija pequeña Fraternidad; D. Lino retrucaba entre dientes porque Mamerto permanecía impertérrito con la cabeza cubierta y la reina esta para llegar al adornado embarcadero dispuesto al efecto con guirnaldas florales y una alfombra roja, por fin: «Una mirada muy significativa de un sargento de la Guardia Civil le hizo descubrirse: la Reina avanzaba sonriente, saludando a un lado y a otro con la mano y con la cabeza. De pronto se detiene y deja escapar un leve grito de admiración.

¡Oh, que encanto de niña! Se le oyó exclamar contemplando a la hija de Mamerto.

Se detiene un instante frente a ella y le dice: ¡Que hermosa eres, hija mía! ¡Que hermosa eres! ¡Dios te bendiga! ¿Me das un beso?

Alzándola del suelo con sus reales manos le aplicó un sonoro beso en la mejilla. Entonces vimos a Mamerto demudarse; quedó pálido como un muerto, y agitando su sombrero frenéticamente gritó con voz estertórea: ¡Viva la Reina!»

Estos son algunos de los singulares relatos de *La novela de un novelista*, que en su inicio lleva la siguiente dedicatoria: «A los niños de hoy. A vosotros dedico estas páginas, porque seréis, tal vez, los únicos que con ellas se diviertan. No me pesa. Quisiera terminar mi vida haciendo meditar un poco a los grandes y divirtiéndolos a los pequeños».

Quiso descansar en Avilés

En distintas ocasiones había D. Armando manifestado su deseo de que después de la muerte, sus restos descansaran en el Avilés que tanto amaba y al que se sentía estrechamente vinculado desde los días de su niñez y juventud.

Recogiendo este deseo la Corporación Municipal presidida por el Alcalde, D. José Antonio Guardado Muñiz, adoptó el acuerdo de 27 de agosto de 1920, por el que se le cede un terreno en el cementerio municipal de La Carriona para construir en él un mausoleo, donde, cumpliendo su voluntad, puedan descansar sus restos. El 8 de octubre del mismo año, agradece por carta el novelista el acuerdo que se le comunica, con estas palabras:

«Excmo. Sr. Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Avilés. Llega a mis manos el oficio en que V.E. me hace saber que la Excelentísima Corporación municipal de Avilés ha acordado cederme, con carácter gratuito, y a perpetuidad un trozo de terreno en el cementerio municipal católico de esa Villa. Una prueba más ha querido darme esa Corporación de su predilección afectuosa. No me lisonjeo de merecerla, pero la pago según mis fuerzas con el entrañable cariño que a la Villa de Avilés profeso. En ella transcurrió mi infancia y la tierra sobre la cual he jugado de niño, esa, deseo que cubra mis restos mortales. Espero, pues, de la benevolencia de esa Excelentísima Corporación municipal de Avilés que lo reclame cuando llegue la hora de mi muerte, pues es mi voluntad expresa que reposen en ese cementerio. Como he dado a Avilés mi corazón, quiero darle mis cenizas. Sírvase V.E. transmitir a la Excelentísima Corporación municipal que dignamente preside, la expresión de mi profundo reconocimiento y reciba igualmente V.E. mis expresivas gracias. Dios guarde a V.E. muchos años. Firmado: Armando Palacio Valdés. París 8 de octubre de 1920».

D. Armando era ya un venerable anciano cuando la Guerra Civil de 1936 le sorprende en su domicilio de Madrid. A los achaques propios de la edad y de la rotura de una cadera a consecuencia de una caída, al bajarse del tranvía en la calle de Serrano, su sensibilidad de artista y de hombre

bueno se estremece con las amarguras de la contienda, bombardeos, registros, escaseces; sin embargo no son ciertas las dramáticas afirmaciones de que lo pasó muy mal y murió a consecuencia de las privaciones. A comienzos de enero de 1938 se le presenta una afección prostática y el marido de una de sus nietas, D. Fernando Sirvent, que era amigo del Dr. Vital Aza, hijo del comediógrafo y poeta, de igual nombre, nacido en Pola de Lena, consigue que se le traslade al Sanatorio Santa Alicia, situado cerca de su casa, en la calle de D. Ramón de la Cruz, esquina a Montesa, que el Dr. Aza dirigía. Allí fue internado D. Armando recibiendo todos los cuidados clínicos precisos por parte del personal del centro, pero además del padecimiento que había determinado su ingreso, se le declara una neumonía que determinó su muerte el 29 de enero de 1938, cuando contaba ochenta y cuatro años, tres meses y 25 días de edad. Fue sepultado en Madrid en un panteón de la familia Sirvent.

El mausoleo avilesino

Por acuerdo municipal de 24 de enero de 1941, siendo alcalde D. Román Suárez-Puerta Rodríguez, se tomó el acuerdo de «construir un digno mausoleo en el terreno cedido a D. Armando Palacio Valdés y realizar los trámites oportunos para albergar en él sus restos en el cementerio de La Carriona».

Se encomienda la gestión del monumento a D. José Francés y López-Heredero, Secretario Perpetuo de la Academia de Bellas Artes, e Hijo Adoptivo de la Villa, quien contactó con el escultor D. Jacinto Higuera, que aceptó el encargo y realizó un proyecto con presupuesto de 40.000 ptas. La Corporación dio el visto bueno, mas la obra sufrió varias interrupciones por la escasez de bronce para fundir el grupo escultórico, consistente en un monolito de piedra con un medallón en el que figura la efigie del novelista y a sus pies, sentada en desmayada postura, la imagen de la Demetria de «La aldea perdida», para cuya figura sirvió de modelo la señora D^a Carmina Suárez-Puerta de Camino, figurando una inscripción en la que se transcribe el párrafo de dicha novela que dice:

«Viajero, si algún día escalas las montañas de Asturias y tropiezas con la tumba del poeta, deja sobre ella una rama de madreSelva. Así Dios te bendiga y guíe tus pasos con felicidad por el Principado».

Por fin, terminado el grupo escultórico en 26 de junio de 1944, se completó el mausoleo y cumplidos los trámites de rigor se depositaron en él los restos del escritor el 17 de octubre de 1945, en un solemne acto en el que estuvo presente su viuda, D^a Manuel Vela Gil, quien de regreso a Madrid daría las gracias al Ayuntamiento en carta de 2 de noviembre de aquel año y fallece tan solo veintitrés días después, el 25 de noviembre de 1945, en la casa en que había vivido con su marido en la calle de Maldonado.

Sobre la tumba del «poeta» jamás faltan ni las madreselvas ni otras flores, como vivo testimonio del recuerdo al gran novelista, cuya obra fue traducida, en su tiempo, a casi todos los idiomas.

Avilés acoge con respetuoso orgullo sus restos en un digno mausoleo, pero además le dedica y da su nombre a su gran teatro, felizmente recuperado para el arte lírico y dramático; da su nombre a una de sus principales calles; erige un busto en el frontal del teatro, obra del escultor Mauro Muñoz; coloca una placa recordatorio en la casa donde vivió, a la entrada de la calle de Rivero; da su nombre a un grupo escolar, alojado en el edificio del antiguo Instituto de Segunda Enseñanza, en la Avenidada de Portugal y, en fin, colabora en cuantos actos e iniciativas, como este mismo Congreso, tengan como fin la recuperación de la memoria humana de don Armando y la divulgación internacional de su obra literaria.